Déjame quedarme de la manera más sencilla

Lo más difícil es compartir la vida cuando no sucede nada extraordinario



Laura Bellini

Déjame quedarme de la manera más sencilla

Lo más difícil es compartir la vida cuando no sucede nada extraordinario

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384903810

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 5
Capítulo 1 - Las condiciones que no había previsto 13
Capítulo 2 - Un lugar en la mesa 24
Capítulo 3 - Lo que no estaba en el plan..... 37
Capítulo 4 - Una velada sin guion 49
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 65
Capítulo 6 - El primer beso..... 77
Capítulo 7 - Entre lo que es nuestro y lo que ven los demás 91
Capítulo 8 - Donde nadie interpreta ningún papel 102
Capítulo 9 - El precio de arriesgarse juntos 114
Capítulo 10 - Sin lugar donde esconderse.....126
Capítulo 11 - Las cosas que hay que pedir 140
Capítulo 12 - La historia que no tenía derecho a contar 150
Capítulo 13 - Todo lo que no se puede mostrar 163
Capítulo 14 - Lo que tememos nombrar 174
Capítulo 15 - Cuando el amor se convierte en parte del plan 185
Capítulo 16 - El silencio que no se puede planificar 198
Capítulo 17 - Lo que queda después del silencio 209
Capítulo 18 - Un lugar que no necesita demostraciones 220
Capítulo 19 - Quedarse sin prometer la perfección..... 232

Capítulo 20 - Déjame quedarme de la manera más sencilla..... 243

INTRO

Lo primero que vi al entrar en el centro cultural fue una hoja de papel pegada a la puerta del salón de actos. Alguien había escrito en ella, con un rotulador negro y grueso: «POR FAVOR, NO MUEVAN LAS SILLAS. EL SUELO NO AGUANTARÁ».

Me quedé delante del aviso con una carpeta bajo el brazo, el teléfono pegado a la oreja y un plan que, apenas una hora antes, me había parecido perfecto.

—Por supuesto que llegaremos a tiempo —dije al teléfono—. Seis semanas son más que suficientes. Solo necesito que me confirmen la financiación y que el contratista firme el contrato.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Conocía bien aquella clase de silencio. Normalmente significaba que alguien estaba a punto de decir algo desagradable y buscaba la manera de evitar que la responsabilidad recayera sobre sus propios hombros.

—Nadia, recuerda que el dinero es para el evento, no para una reforma integral —intervino por fin Marta, mi coordinadora de la fundación.

—No estoy planeando una reforma integral.

Miré la grieta que recorría la pared desde el alféizar de la ventana hasta el rodapié que empezaba a desprenderse.

—Más bien un pequeño lavado de cara.

—Contigo, un lavado de cara siempre termina convirtiéndose en una gala.

—Porque la gente merece algo más que sillas de plástico y un termo de té.

—A veces la gente solo quiere tomarse un té.

Sonreí, aunque ella no pudiera verme.

—Por eso habrá té. Servido en porcelana.

Colgué antes de que pudiera protestar.

Tenía treinta y siete años, doce de experiencia en la producción de eventos culturales y una peligrosa tendencia a interpretar cualquier limitación como una invitación a negociar. Gracias a eso había conseguido organizar un concierto en un granero sin calefacción, convencer a una actriz famosa para que actuara sin cobrar y transformar una plaza abandonada en un lugar del que habló media región durante toda una semana.

Lo que no sabía hacer era aceptar tranquilamente que algo pudiera ser lo bastante bueno sin mi intervención.

Por supuesto, ese último detalle nunca aparecía en mi currículum.

El centro cultural se encontraba en las afueras de una pequeña localidad de Podlaquia, entre una tienda de alimentación y una carretera que conducía hacia los campos. Tenía una escalera de madera, un tejado que llevaba varias décadas soportando los inviernos y un olor imposible de confundir con cualquier otro: polvo, tablones viejos, pintura al óleo y té que había pasado demasiado tiempo en infusión.

La luz de octubre entraba por las altas ventanas e iluminaba la sala vacía que, dentro de seis semanas, pretendía llenar de vecinos, música y conversaciones.

Ya sabía cómo se llamaría el evento.

«Un lugar para nosotros».

Tenía diseñado el cartel, preparado un programa preliminar y elaborada una lista de personas a las que quería invitar. Solo faltaba un pequeño detalle fundamental: disponer de una sala que pudiera utilizarse sin poner en peligro a nadie.

Aparté con la punta del zapato un trozo de linóleo despegado y saqué el teléfono para hacer una fotografía. En el encuadre aparecieron el suelo, una franja de luz y unas botas de trabajo que pertenecían a alguien.

—Será mejor que no fotografíe eso —escuché.

Levanté la cabeza.

El hombre que estaba al otro lado de la sala sostenía una pequeña escuadra metálica. Llevaba un jersey oscuro con las mangas remangadas y unos pantalones manchados de serrín. Distinguí las primeras hebras grises entre su cabello y, en su rostro, aquella clase de serenidad que, en las personas acostumbradas a trabajar con las manos, puede resultar más convincente que el mejor de los trajes.

No tenía aspecto de estar esperando mis instrucciones.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque, si quiere mostrar lo que hay que reparar, desde ahí no se verá.

Se arrodilló junto a una de las tablas y la presionó con el pulgar. La madera cedió con un crujido seco.

—El problema está aquí. No donde se levanta el revestimiento.

Me acerqué.

—¿Es usted el contratista?

—Przemysław Dąb.

Se incorporó y me tendió la mano. Su apretón fue firme, pero no intentó utilizarlo para demostrar su fuerza.

—Nadia Ryś. Soy la responsable del proyecto.

—Lo sé.

—¿Cómo?

Señaló con la barbilla los documentos extendidos sobre el alféizar.

—Su nombre aparece en todas las hojas.

Solté una breve carcajada.

—Me gusta tenerlo todo bajo control.

—Ya me he dado cuenta.

No sonó como un cumplido. Curiosamente, tampoco como un reproche.

Przemysław volvió a examinar el suelo y yo lo observé durante unos instantes más de lo que exigía la cortesía. Debía de tener cuarenta y tantos años. Se movía sin prisas, como si no tuviera que demostrarle nada a nadie. Había algo irritante en aquella actitud, sobre todo para una mujer que desde primera hora de la mañana había atendido diecisiete llamadas y modificado tres veces el calendario.

—Necesito un presupuesto para mañana —anuncié.

—Para mañana puedo decirle qué es lo urgente.

—¿Y el resto?

—Cuando haya revisado la estructura.

—Tenemos seis semanas.

—El suelo no lo sabe.

Durante un momento nos miramos en silencio.

—¿Siempre es usted tan optimista?

La comisura de sus labios se movió ligeramente.

—¿Cuando se trata de madera? Siempre.

Quise responderle con algo igual de mordaz, pero entonces reparé en una mesa antigua que había junto a la pared. Tenía el tablero lleno de arañazos y una de las patas apoyada sobre un trozo de ladrillo. Encima descansaba una pequeña pieza de madera, pulida por cientos de manos.

—¿Qué es eso?

Przemysław miró hacia donde yo señalaba.

—Una pieza de un juego. Antes, los señores mayores se reunían aquí los jueves. Después empezó a venir más gente. Alguien traía un pastel, otro una baraja. Por lo visto, a veces se quedaban hasta bien entrada la noche.

—¿Y dejaron de hacerlo?

—La sala empezó a tener goteras. Después surgieron otros problemas.

Cogió la pieza de madera y volvió a dejarla exactamente en el mismo sitio.

—Sería una lástima hacer algo precioso aquí si después la gente volviera a quedarse sin un lugar donde sentarse.

Aquella frase consiguió detenerme con mucha más eficacia que sus anteriores observaciones sobre el suelo.

Miré mis documentos. Allí estaba todo: el programa de inauguración, las propuestas de actuaciones, los patrocinios de medios de comunicación y el plan de promoción. Sin embargo, no tenía respuesta para una pregunta muy sencilla: quién vendría un jueves cualquiera, cuando se apagaran las luces y los fotógrafos regresaran a sus casas.

—El evento tiene que atraer a la gente —dije.

—Le creo. Pero después hay que conseguir que quiera quedarse.

No respondí inmediatamente.

Desde el pasillo llegó el ruido de una puerta al cerrarse. Al otro lado de la ventana, el viento agitó las ramas de un viejo tilo. Przemysław se inclinó para recoger sus herramientas y yo sentí de pronto una extraña necesidad de impedir que nuestra conversación terminara.

—¿Tiene alguna idea? —pregunté.

Se enderezó.

—¿Para la sala?

—Para conseguir que la gente quiera volver aquí.

Durante unos segundos me observó atentamente, como si intentara averiguar si mi pregunta iba en serio.

—Primero hay que preguntarles qué necesitan.

—Tengo preparada una encuesta.

—¿Y ha hablado con alguien?

Apreté los dedos alrededor de la carpeta.

—Solo llevo aquí dos horas.

—Es un buen comienzo.

Lo dijo con suavidad. Sin superioridad, sin el menor aire de triunfo. Y precisamente por eso me sentí inesperadamente vulnerable.

Normalmente sabía cómo causar una buena primera impresión. Sabía cuándo elevar la voz, cuándo sonreír y cómo convencer a mi interlocutor de que aquella idea que hasta hacía un momento le producía temor era exactamente lo que necesitaba.

Con Przemysław, ninguno de esos recursos parecía especialmente útil.

Mi teléfono vibró. En la pantalla apareció un mensaje de Marta:

«Recuerda el material promocional. El patrocinador quiere ver a gente trabajando».

Levanté el móvil por puro reflejo.

—¿Puedo hacerle una fotografía? Para documentar el proyecto.

Przemysław miró primero el teléfono y después a mí.

—Hoy no.

Bajé la mano.

—De acuerdo.

Asintió, como si aquella respuesta fuera lo más natural del mundo, y volvió a medir las tablas.

Y a mí me sorprendió lo mucho que deseaba descubrir qué había detrás de su negativa. No porque necesitara la fotografía. Quería comprender a aquel hombre que había sido capaz de decir «no» sin la menor dificultad a una mujer acostumbrada a encontrar una solución para todo.

Cuando, unos minutos después, salía a la escalera de madera, vi que Przemysław había aparecido en la puerta con mi carpeta en la mano.

—Se ha dejado los planos.

Me entregó los documentos, pero no se apartó inmediatamente. Estábamos lo bastante cerca como para que pudiera percibir el delicado aroma a madera recién cortada impregnado en su jersey.

—Gracias.

—¿Señora Nadia?

—¿Sí?

—Mañana venga sin la cámara, por favor.

Arqueé las cejas.

—¿Y qué quiere que traiga?

Miró hacia la sala vacía.

—Tiempo.

Cerró la puerta antes de que pudiera responder.

Me quedé en los escalones, con el aire frío acariciándome el rostro y la carpeta apretada contra el pecho. Tenía todas las reuniones de mi agenda programadas con una precisión de quince minutos. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien me había pedido tiempo sin prometerme ningún resultado a cambio.

Miré la puerta cerrada.

¿Sería capaz de regresar allí al día siguiente, no para organizar algo, sino para quedarme de verdad junto a alguien?

Capítulo 1 - Las condiciones que no había previsto

A la mañana siguiente llegué al centro cultural quince minutos antes de la hora acordada, con un vaso de café de cartón, el portátil y la firme decisión de no permitir que nadie volviera a sacarme de mis casillas.

Había dejado la cámara en el coche.

No era un gesto especialmente heroico, pero me había costado más de lo que estaba dispuesta a reconocer. En mi profesión, documentar la realidad era casi un acto reflejo. Cuando veía una luz bonita, pensaba en una fotografía. Cuando alguien decía algo conmovedor, memorizaba una frase que pudiera utilizar después en el material promocional. Incluso los encuentros casuales era capaz de convertirlos en historias que más adelante ayudaban a conseguir financiación para nuevos proyectos.

Sin embargo, aquella mañana estaba decidida a escuchar antes de hacer cualquier otra cosa.

Przemysław estaba junto a la ventana abierta de la sala, inclinado sobre un boceto dibujado a lápiz en un trozo de cartón. Llevaba una camisa gris claro con las mangas remangadas. Cuando oyó mis pasos, levantó la cabeza y miró mis manos.

—Sin cámara —observó.

—Pero con café y argumentos.

—Los argumentos pueden resultar útiles. El café, mejor lejos de la madera.

Desplacé el vaso hasta el alféizar.

—Buenos días a usted también.

Sonrió, esta vez abiertamente.

—Buenos días, señora Nadia.

No sabía por qué la manera en que pronunció mi nombre sonó como si de verdad se alegrara de verme. Quizá porque no intentaba mostrarse excesivamente cortés. Me miraba sin prisas, con atención, y después volvía a su trabajo, como si diera por sentado que yo no necesitaba ocupar constantemente el centro de su interés.

Aquello resultaba agradable e insoportable al mismo tiempo.

Extendí los documentos sobre la mesa cuya pata inestable seguía apoyándose en un ladrillo.

—He preparado un calendario. Primera semana: trabajos de seguridad. Segunda y tercera: reparaciones. Cuarta: pintura y equipamiento. Quinta: ensayos, distribución del espacio y promoción. Sexta: inauguración.

Przemysław se acercó y examinó la hoja impresa.

—¿Y cuándo averiguaremos qué hay que reparar?

—Durante la primera semana.

—O sea, que su calendario parte de la base de que encontraremos exactamente tantos problemas como podamos resolver dentro del plazo.

—Parte de la base de que trabajaremos con eficacia.

—La madera no trabaja según un calendario.

—La gente tampoco, y aun así consigo organizar eventos.

Me miró con una expresión que bien podía ser de diversión.

—Eso debe de ser interesante.

—¿El qué?

—Intentar organizar a todo el mundo.

Contuve una sonrisa.

—No a todo el mundo. Solo a quienes no leen mis mensajes.

Przemysław se inclinó sobre el plano de la sala y marcó tres puntos con un lápiz rojo. Me explicó que era necesario revisar el suelo junto a la pared exterior, donde la humedad había penetrado durante años. Parte de las tablas antiguas podrían conservarse, pero no pensaba prometerlo antes de levantar una sección del revestimiento. Una de las ventanas no cerraba correctamente y también había que comprobar las vigas que sostenían el suelo bajo el escenario.

Lo escuché intentando traducir al mismo tiempo sus palabras en dinero y días.

—¿Cuánto tardará?

—Depende de lo que encontremos.

—Una fecha aproximada.

—Solo sería honesto darle una fecha aproximada después de inspeccionarlo.

—¿Sabe que esa frase lleva a la desesperación a los productores culturales?

—Prefiero a una productora desesperada que a un invitado atravesando el suelo con una pierna.

No podía discutir aquello.

Le enseñé la representación visual que había preparado la diseñadora gráfica. Paredes claras, filas de sillas, un escenario pequeño, guirnaldas de luces delicadas y un gran

cartel con las palabras «Un lugar para nosotros» colgado sobre la entrada.

Przemysław examinó la imagen, pero detuvo el dedo en otra cosa.

—¿Dónde estarán las mesas?

—¿Qué mesas?

—Las de las reuniones. Para jugar a las cartas, coser, conversar o hacer cualquier cosa que la gente necesite aquí.

—Podemos colocarlas cuando hagan falta.

—¿Y dónde las guardarán?

Abrí la boca y volví a cerrarla.

No había pensado en eso.

Przemysław sacó una cinta métrica del bolsillo, la extendió y señaló un hueco junto a la pared lateral.

—Podríamos fabricar tableros plegables. También bancos. La sala no tiene por qué parecer un auditorio todo el tiempo.

—Pero para la inauguración necesitamos espacio para cien personas.

—¿Y durante los otros trescientos días?

Me apoyé las manos en las caderas.

—No tengo intención de dejar una sala vacía cuando termine el proyecto.

—Entonces permítame diseñarla para que siga siendo útil después.

Guardé silencio.

No porque me faltaran respuestas. Tenía varias, todas razonables y respaldadas por mi experiencia. Pero de pronto

comprendí la diferencia entre nuestras maneras de pensar. Yo imaginaba una sala llena de gente en un momento perfectamente planificado. Él la veía un martes cualquiera, cuando llegaran tres personas y quisieran sentarse alrededor de una misma mesa.

—¿Qué propone? —pregunté.

—Dos condiciones.

—Lo escucho.

—Primero, no se acelerará ningún trabajo a costa de la seguridad. Segundo, no haré decoraciones que dificulten el uso posterior de la sala.

Arqueé las cejas.

—¿Y si el patrocinador exige decoraciones?

—Que el patrocinador las retire después del evento.

Me eché a reír antes de poder contenerme.

Przemysław me observó un instante y después también sonrió. No fue una sonrisa amplia ni demostrativa, sino un breve momento de distensión que transformó por completo su rostro.

—Realmente no le gustan los compromisos —dije.

—Me gustan los buenos acuerdos.

—¿Y quién decide cuáles son buenos?

—Podemos decidirlo los dos.

Aquella última frase sonó diferente a nuestro anterior intercambio de comentarios. Era una propuesta, no un desafío.

Antes de que pudiera responder, entró en la sala una mujer con un jersey azul marino, una bolsa llena de pan y un termo grande. Se presentó como Helena Wysocka, la

directora del centro cultural. Saludó a Przemysław con evidente afecto y me estrechó la mano con tanta energía que estuve a punto de dejar caer el bolígrafo.

—Me alegro de que se hayan conocido —dijo—. Porque ya no tengo fuerzas para explicarle a cada uno por separado que no se trata únicamente de organizar una inauguración bonita.

La miré.

—¿Todo el mundo aquí piensa que solo quiero organizar una inauguración bonita?

Helena reflexionó un momento.

—No. Pero tiene muchas fotografías en su presentación.

Przemysław se volvió hacia la ventana.

Estaba casi segura de que sonreía.

Nos sentamos alrededor del termo y Helena empezó a hablarnos de los vecinos que se reunían allí regularmente antes del cierre de la sala. De la señora Zofia, que enseñaba a los niños a hacer ganchillo. De dos profesores jubilados que organizaban veladas de ajedrez. De un grupo de mujeres que querían celebrar lecturas compartidas, pero no tenían un sitio donde colocar las sillas.

Tomé notas. Al principio por costumbre profesional; después, cada vez más por auténtica curiosidad.

—¿Cuándo fue la última vez que se celebró aquí una reunión así? —pregunté.

—Hace casi dos años —respondió Helena—. Primero cerramos una parte de la sala y después toda. Durante un tiempo la gente preguntaba cuándo volveríamos a la normalidad. Luego dejó de preguntar.

Przemysław miró la pieza de madera que descansaba sobre la mesa.

—Precisamente por eso no quiero hacer las cosas de cualquier manera —dijo.

Helena asintió y yo me sentí incómoda durante unos instantes. No porque nadie me estuviera acusando de nada. Simplemente, por primera vez percibí el peso de aquel lugar de una manera que no tenía nada que ver con el presupuesto.

Después de desayunar comenzamos la inspección. Przemysław me indicó dónde podía colocarme con seguridad mientras levantaba una sección del revestimiento antiguo. Retiró varias tablas y dejó al descubierto una madera más oscura. El olor a humedad se mezcló con el polvo y me arrodillé junto a él para observar mejor la estructura.

—Aquí hay que sustituir una viga —me explicó—. Pero el resto quizá todavía sirva.

—¿Entonces no está tan mal?

—Yo no he dicho eso.

—Es usted capaz de quitarle a una persona toda la esperanza con una sola frase.

—Al menos no vendo falsas esperanzas.

Lo miré de cerca. Tenía una pequeña cicatriz junto a la ceja izquierda y unos ojos claros que no rehuían mi mirada. En su muñeca había una marca de una antigua quemadura. Notó mi interés, pero no hizo ningún comentario.

—¿Puedo ayudar? —pregunté.

—Puede sujetar la linterna.

—Estudié gestión cultural y ahora me han ascendido al puesto de ayudante de linterna.

—Es un puesto de responsabilidad. Procure no apuntarme a los ojos.

Trabajamos en silencio durante unos quince minutos. Había algo sorprendentemente agradable en ello. No necesitaba mantener una conversación ni demostrar que era competente. Bastaba con seguir instrucciones sencillas, observar y preguntar cuando no entendía algo.

Cuando finalmente nos levantamos, Przemysław se sacudió las manos y me ofreció un trapo limpio.

—Tiene polvo en la mejilla.

Instintivamente me froté la cara.

—Ahora también en el otro lado —observó.

Suspiré.

—No se ría, por favor.

—Todavía no me estoy riendo.

Extendió la mano, pero se detuvo a medio camino.

—¿Puedo?

Durante un segundo miré su mano.

—Sí.

Me limpió delicadamente la marca de polvo de la mejilla con el borde del trapo. Fue un gesto breve y completamente práctico. Aun así, percibí el calor de su mano y la rapidez con la que se apartó después, dejando entre nosotros una distancia cortés.

No intentó prolongar el momento.

Yo, en cambio, pensé que podría haberlo hecho.

El teléfono sonó antes de que consiguiera decir algo sensato.

Marta.

Contesté alejándome unos pasos.

—Tengo buenas noticias —anunció—. El patrocinador ha aprobado la cantidad inicial. Pero quiere material promocional sobre el avance de las obras. Preferiblemente con el contratista. Podríamos contar la historia del hombre que devuelve la vida a un lugar antiguo.

Miré a Przemysław. Estaba midiendo el marco de una puerta, concentrado en su trabajo.

—Tengo que consultarlo con él —respondí.

—Por supuesto. Pero intenta conseguir que acepte. Es una historia fantástica.

Cuando terminó la conversación, permanecí inmóvil durante unos instantes. Sabía lo fácil que me resultaría convencer a alguien de que unas cuantas fotografías no suponían ningún problema. También sabía que Przemysław ya se había negado una vez.

Regresé a la mesa.

—Tenemos financiación para la primera fase —dije—. Con la condición de presentar un presupuesto detallado.

—Es una buena noticia.

—Hay otra cuestión relacionada con la promoción. Al patrocinador le gustaría mostrar a la persona responsable de la reforma.

Przemysław recogió lentamente la cinta métrica.

—No.

—No iba a intentar convencerlo. Solo quería explicarle la situación.

—Entonces la ha explicado con mucha claridad.

Lo observé atentamente.

—¿No quiere que lo fotografíen o no quiere formar parte del proyecto?

—Son dos cosas diferentes.

—Lo sé. Por eso se lo pregunto.

Dejó la cinta métrica sobre la mesa.

—Quiero reparar esta sala. No quiero aparecer en una historia sobre cómo la estamos reparando.

—A veces esas historias ayudan a conseguir dinero.

—Lo entiendo. Pero mi cara no tiene por qué formar parte de ellas.

No respondí inmediatamente.

Estaba tranquilo, pero percibí un cambio en su voz. No se trataba de una simple aversión a las fotografías. Hablaba como alguien que ya había tenido que explicar algo parecido en otra ocasión y no tenía intención de repetir aquella conversación.

—Lo respetaré —dije.

Przemysław me observó durante unos segundos.

—Gracias.

Me sorprendió el placer que me produjo una palabra tan sencilla.

Por la tarde le presenté a Helena la nueva propuesta para distribuir la sala. Menos filas permanentes de sillas, más elementos móviles, espacio para mesas plegables y una

zona pequeña que pudiera utilizarse independientemente del escenario. La directora escuchaba con un interés cada vez mayor.

—Esto realmente podría funcionar —dijo.

Przemysław estaba junto a la puerta.

—Siempre que encontremos dinero para los materiales adecuados.

—Lo encontraremos —respondí.

Me miró.

—Esta vez creo que lo intentará de verdad.

No supe si era un cumplido o una advertencia.

Mientras recogía los documentos, se acercó.

—Mañana vendré más temprano. Quiero revisar las vigas restantes.

—Estaré aquí a las ocho.

—No hace falta que venga.

—Lo sé.

Durante unos instantes me miró como si aquella respuesta hubiera sido lo más interesante que había escuchado en todo el día.

—Entonces hasta mañana, Nadia.

Por primera vez había prescindido del tratamiento formal.

Lo noté inmediatamente.

Y con la misma rapidez comprendí que esperaba con ilusión el día siguiente, no solo porque la reforma estuviera empezando a adquirir una forma razonable.

Capítulo 2 - Un lugar en la mesa

El tercer día llegué al centro cultural con dos decisiones que no pensaba cambiar. La primera tenía que ver con el proyecto: la sala debía servir a los vecinos también después de la inauguración oficial. La segunda era más personal y bastante menos sensata: quería conocer a Przemysław Dąb fuera del horario de trabajo.

Todavía no sabía qué haría con aquella segunda decisión.

La primera pensaba ponerla en práctica inmediatamente.

Helena nos había preparado una pequeña habitación en la parte trasera del edificio, donde podíamos extender los documentos sin correr el riesgo de cubrirlos de polvo. Sobre la mesa había un hervidor eléctrico antiguo, tres tazas desparejadas y un plato de galletas de mantequilla. Por la ventana se veía un jardín donde las hojas mojadas cubrían un sendero estrecho.

Przemysław había traído el presupuesto.

Era preciso, ordenado y dejaba muy poco espacio para el optimismo.

—¿Tanto? —pregunté, mirando fijamente la cantidad final.

—Es el precio de los materiales y la mano de obra. Sin adornos.

—Precisamente los adornos eran lo más barato.

—Suelen serlo. Hasta que hay que reparar lo que ocultan.

Suspiré, pero en lugar de iniciar otra discusión, abrí la hoja de cálculo del presupuesto.

Durante la hora siguiente analizamos cada partida. Renunciamos a parte del equipamiento que podía esperar.

Acordamos que los bancos de madera se fabricarían con material recuperado durante la reforma, siempre que su estado lo permitiera. Przemysław propuso una solución más sencilla para acondicionar el hueco de la pared y yo encontré fondos para reforzar la protección de las ventanas.

Trabajábamos sorprendentemente bien cuando dejábamos de interpretar cada frase como una invitación a batirnos en duelo.

—Ahora tenemos que establecer las reglas —dije, deslizándole una hoja de papel en blanco.

—Creía que eso era precisamente lo que estábamos haciendo.

—Estamos fijando los costes. Las reglas son otra cosa.

Se acomodó mejor en la silla.

—Te escucho.

—Cualquier cambio que afecte al presupuesto se acordará de antemano. Yo me encargo de la financiación y de la organización; usted, de los aspectos técnicos y de la seguridad. Nada de tomar decisiones a espaldas del otro.

—De acuerdo. Y nada de prometer fechas a los patrocinadores sin consultarme antes.

—Puedo prometerles la fecha del evento.

—Puede hacerlo. Pero no puede prometerles que el suelo estará terminado antes de lo que permitan los procedimientos técnicos.

Anoté su observación.

—¿Algo más?

Przemysław vaciló.

—Me gustaría que no habláramos con los vecinos únicamente cuando los necesitáramos para el programa.

Levanté la vista.

—¿Qué quiere decir?

—Si vamos a preparar un lugar para la gente, no podemos limitarnos a preguntarles cómo les gustaría verlo el día de la inauguración. Tenemos que averiguar qué harán aquí después.

—Precisamente por eso he cambiado el proyecto.

—Lo sé. Y lo valoro.

Lo dijo tranquilamente, sin el menor rastro de ironía. Sentí una satisfacción inesperada, mayor que la que me habían proporcionado muchos elogios profesionales.

—Entonces propongo organizar una reunión de consulta —dije.

Przemysław arqueó una ceja.

—¿Con carteles?

—Con té.

—¿Sin micrófono?

—Sin micrófono.

—Empiezo a pensar que nos entendemos.

Sonreí.

—No se acostumbre demasiado rápido.

Antes de que pudiera responder, Helena entró en la habitación. Nos informó de que varios vecinos podrían acudir la tarde siguiente. Propuse una reunión abierta alrededor de una mesa, sin programa oficial. Przemysław